

Una Fantasía de Jardín
de Maude H. Wilkinson

La Luna apareció lentamente sobre la colina y contempló una masa de flores de colores alegres que crecían en un jardín a la antigua usanza.

Cuando la Luna vio a la Libélula Azul, a quien estaba buscando, su rostro redondo brilló con más intensidad y dijo: "Libélula Azul, es hora de levantarse".

La libélula azul dormía en el corazón de la rosa rosa, pero cuando la luna le habló, movió un poco sus alas y volvió a dormirse.

«¿Así te comportas cuando me tomo la molestia de llamarte?», rió la Luna, mirando a su pequeño y delicado amigo, a quien tanto quería. «Debo crear una luz más brillante a ver si así te despiertas», añadió mientras le enviaba un rayo más potente.

La libélula azul abrió un ojo, lo cerró de nuevo y volvió a dormirse.

La Luna parecía muy desconcertada y dijo: "¡Ay, Dios mío! Me pregunto si le pasa algo. Normalmente se levanta enseguida cuando lo llamo".

—No, está bien —respondió Rosa Rosa, en cuyo corazón dormía Libélula Azul—. Quería que se quedara aquí, así que le he dado una buena dosis de perfume para que duerma profundamente; así, cuando lo despierte, habrá olvidado todo lo que tenía que hacer y se quedará conmigo. Por favor, vete y déjanos solos.

Rosa Rosa se recompuso de tal manera que la Luna vio que era inútil discutir con ella, pues la pequeña rosa había plegado sus suaves pétalos alrededor de Libélula Azul como una cortina, ocultándolo por completo de la vista.

«Bueno, bueno», reflexionó la Luna para sí misma, «claro que no culpo a Rosa Rosa por querer al pequeño, pues todos lo queremos, pero eso no justifica que quiera quedárselo solo para ella. No tenía ni idea de que Rosa Rosa fuera tan egoísta. En fin, viendo que Libélula Azul me pidió que lo despertara, debo hacerlo y asegurarme de que vaya a su trabajo; pero ¿cómo lo haré?».

La Luna permaneció en silencio durante unos minutos, preguntándose quién podría ayudarla. Luego, sus ojos se dirigieron hacia una pequeña aldea que se encontraba a poca distancia.

"Hola, Breezie", dijo, dirigiéndose a una pequeña ráfaga de viento, "veo que sigues con tus travesuras como siempre".

—Sí —respondió Breezie riendo—, estoy intentando volarle el sombrero a este viejo. ¡Mira! —Y dio un fuerte soplo que casi lo consigue. Sin embargo, el viejo fue más rápido y atrapó su sombrero justo a tiempo.

Pero Breezie era un muchacho persistente y siempre quería salirse con la suya. Se rió y dijo: «Bien por ti, viejo, pero aún así te quitaré el sombrero». Así que, tras

esperar unos segundos, Breezie dio otra inesperada bocanada de aire; pero, una vez más, el anciano fue demasiado rápido y el viento no le quitó el sombrero.

Tras observarlo durante unos minutos, la Luna susurró misteriosamente: "Breezie, conozco a alguien con quien puedes pasarlo mejor".

—En efecto —respondió Breezie, volviéndose hacia la Luna por un instante—. Creo que eso es prácticamente imposible, porque lo estoy pasando de maravilla aquí mismo.

Entonces la Luna brilló con más intensidad, pues vio algo que Breezie no vio. Justo en ese momento, el anciano subió los escalones que conducían a una casa grande, abrió la puerta y entró.

A la Luna le encantan las bromas, y un brillo travieso apareció en sus ojos cuando comentó: «Quizás sea mejor que te quedes aquí, porque te lo estás pasando de maravilla. Iré a buscar a tu primo».

Breezie dio una voltereta mientras respondía: «Sí, yo también lo creo, pero gracias por la oferta. ¡Adiós!», gritó, mientras se daba la vuelta para continuar con sus travesuras. Al ver que el anciano no estaba allí, se puso muy ruidoso y rugió: «¡Carámbanos temblorosos, ¿se ha ido?!»

—Detrás de esa puerta verde, al final de esos escalones —dijo la Luna con una sonrisa inusualmente dulce—. Ahora puedes venir conmigo.

Breezie se retorció y giró durante unos segundos, de muy mal humor, pero al ver que no podía hacer nada, soltó una carcajada y respondió: "No me importa. Ahora estoy listo para darle a alguien la mejor burla que jamás haya recibido", y dio varios giros y vueltas salvajes más.

—Eso está bien —dijo la Luna—. Quiero que despiertes a la Libélula Azul, a quien la Rosa Rosa le ha dado una sobredosis de perfume. Debes acercarte sigilosamente a él y hacerlo temblar. Así, tal vez su mullido sofá ya no le parezca tan cómodo. Vive a pocos kilómetros de aquí, en el jardín de la señora Brown; estoy segura de que has estado allí muchas veces.

Breezie se reía a carcajadas mientras decía: «Claro que sí. Me lo pasé genial el invierno pasado molestando a esa simpática anciana gordita. Me alegra mucho tener una excusa para volver y reencontrarme con ella. Estaré allí en unos minutos».

—Muy bien —dijo la Luna, mientras se volvía hacia el jardín. Unos segundos después, Breezie entró, llena de picardía, y fue de flor en flor gritando: «Libélula azul, ¿dónde estás?».

La Luna observó las alocadas travesuras de Breezie durante unos minutos y luego dijo: "Es muy posible que pueda decirte dónde está la Libélula Azul".

—Claro que puedes —respondió Breezie, mientras danzaba ágilmente alrededor de una rosa—, pero no quiero que me lo digas, porque estoy disfrutando de un espléndido juego del escondite. Luego saltó hacia otra rosa, la cual sacudió con fuerza, diciendo: —¿Está el lecho perfumado de la Libélula Azul escondido en tu corazón, Rosa Real?

—No, la libélula azul no me hizo el favor de estar conmigo. Vete, estás molestando mis pétalos —respondió la rosa real con tono irritado.

—Querida —susurró Breezie de forma seductora—, te ves mucho más atractiva cuando estás un poco despeinada. De verdad que debo aflojar un poco más tus pétalos —y le dio otro suave empujón juguetón.

—¡Vete de aquí, maleducado, o te pincharé! —dijo Regal-rose sacudiendo la cabeza.

"Querida, tu carácter irascible no puede hacerme daño. De hecho, cuanto más me provocas, más me gusta, porque entonces quiero seguir molestándote", y Breezie la sacudió tan fuerte que su ridícula dignidad se desvaneció.

Breezie bailó alegremente alrededor de Rosa Real diciendo: "Ahora sí que pareces una rosa real. Pero debo irme, porque si me quedara contigo, podría encariñarme demasiado, y a Breezie nunca le convendría enamorarse de nadie. Adiós, querida", dijo Breezie con ligereza mientras se marchaba para continuar sus travesuras en otro lugar.

«¡Qué pequeño tan alocado es!», pensó la Luna. «Puede que tarde mucho en encontrar a la Libélula Azul; quizás no fue muy buena idea traerlo aquí. Quién sabe qué daño podría causar. ¿Qué debería hacer?»

La Luna miró alrededor del jardín con la esperanza de encontrar una solución a su problema. De repente, divisó al abogado del jardín, Búho Marrón, de pie en la puerta de su casa, en el hueco del tronco de un viejo roble.

«Claro, él es quien me aconseja», pensó la Luna. Entonces llamó: «Búho pardo, ¿podrías dedicarme unos minutos de tu valioso tiempo para un asunto de gran importancia?».

El Búho Marrón se irguió con gran dignidad y, parpadeando varias veces a modo de reverencia, respondió lentamente: "Siempre me complace servirle, Señora Luna. ¿Cuál es el problema?".

—Gracias —dijo la Luna—. Estaba segura de que podrías ayudarme. Ha ocurrido algo terrible. La libélula azul ha sido drogada por Rosa Rosa, quien de repente se ha vuelto muy egoísta y desea tenerlo solo para ella. Lo ha encerrado en su corazón y lo mantiene dormido con su perfume.

El búho se acomodó y, fijando sus grandes ojos redondos en la Luna con aire pensativo, comentó: «Hiciste bien en venir a verme; este es un asunto muy serio y requiere mucha reflexión. Soy yo quien debe ocuparse de un asunto tan delicado. Por

favor, vete; necesito estar solo para deliberar sobre el caso con tranquilidad y cuidado».

Sabiendo que el Búho Marrón se enorgullecía de su método de pensamiento "lento pero seguro", la Luna, tras darle las gracias, añadió con gran énfasis: "La Libélula Azul tiene un trabajo importantísimo que hacer y debe ser despertada en la próxima media hora".

Enderezándose un poco, el Búho comentó: «Por favor, no intenten apresurarme, pues va en contra de mi naturaleza pensar las cosas con rapidez. Estoy seguro de que la Libélula Azul no se tomó tiempo de pensar antes de entrar en el corazón de Rosa Rosa. Muchas veces le he dicho que era demasiado precipitado, y yo...»

Una vez que empezaba a hablar de ese tema, el búho podía extenderse durante horas si conseguía que alguien le escuchara, y al darse cuenta de que el tiempo era precioso, la Luna se apresuró a interrumpirlo: «Sí, sé lo que piensas sobre ese tema, Búho Marrón, pero repito que si no encuentras una solución al problema en treinta minutos, tu razonamiento no habrá servido de nada», y se dio la vuelta bastante molesta.

Con una expresión de asombro melancólico en sus grandes ojos amarillos, el búho sacudió lentamente la cabeza y entró tranquilamente en su casa para reflexionar sobre el asunto a su manera.

En ese preciso instante, la Luna divisó a la Abeja, y se sorprendió al verla a esas horas.

«¿Qué haces fuera de tu colmena, abejita?», llamó la Luna. «Todas las buenas abejas deberían estar en casa a estas horas de la noche».

—Silencio —susurró la Abejita—. Por favor, no hables tan alto. Sé que tienes razón, pero estoy tan cansada de hacer miel que me he escapado del trabajo.

Con expresión muy seria, la Luna comentó: "¿Qué pasaría si la Madre Naturaleza te viera?"

—Oh, por favor, no se lo menciones —suplicó Abejita, mirando nerviosamente a su alrededor.

La Luna sonrió y dijo: «Nunca cuento historias, a menos que esté obligada. Pero probablemente sea bueno que hayas abandonado la colmena, porque necesito a alguien que me ayude, y tal vez tú puedas hacerlo».

—Sí, por supuesto, si puedo ayudarle en algo, estaré encantada de hacerlo —respondió Abeja, muy aliviada.

Entonces la Luna le habló de la Libélula Azul y añadió: "Si pudieras meterte dentro de los pétalos de la Rosa Rosa y zumbear lo suficientemente fuerte, creo que podrías despertarlo".

—¡Ay, Dios mío! —respondió la abejita con desenfado—, qué criaturas tan extrañas son las rosas; nunca se sabe qué van a hacer. Sin duda, debemos actuar de inmediato. La situación requiere rapidez y reflexión, y yo soy la indicada. Volaré hasta allí y le exigiré a Rosa Rosa que suelte a Libélula Azul enseguida. Si se niega, le diré que ninguna abeja volverá a visitarla jamás, y eso será una gran deshonra. Y allá fue.

La Luna la observó marcharse con una mirada de desesperación.

«Estoy segura de que nunca lo lograré», reflexionó la Luna con tristeza. «La abeja actúa demasiado rápido y el búho demasiado lento; qué lástima que no se les pueda meter en una bolsa y agitarlas juntas. Solo hay una cosa que hacer: debo intentar encontrar a alguien más que me ayude».

Tras un instante de reflexión, su rostro redondo se iluminó de placer.

«¡Qué tonta fui al desperdiciar todo este tiempo precioso!», exclamó. «¿Por qué no pensé en el Agapornis? Él es justo quien me puede ayudar. Siempre es tan encantador y tiene una manera tan persuasiva de convencer, que hace más por mantener el jardín en orden que nadie».

Dirigiendo sus brillantes rayos hacia las delgadas ramas caídas de un hermoso sauce llorón en la esquina del jardín, la Luna llamó suavemente: "Pajarito, lamento molestarte, pero hay un asunto serio que necesita solución; siempre has sido tan bueno ayudándonos cuando las cosas iban mal, que sentí que debía acudir a ti".

El pajarito miró a la Luna y respondió con una vocecita suave y alegre: "Sabes, señora Luna, no hay nada que disfrute más que desenredar nudos; cuéntamelo todo".

Mientras Love-bird escuchaba, una expresión de tristeza apareció en sus ojos, y ladeando la cabeza comentó: «Pobre Rosa Rosa, ¿acaso no se da cuenta de que tener a Blue-fly solo para ella nunca la hará realmente feliz? Iré enseguida, hablaré tranquilamente con ella y le mostraré un camino mejor». Así que, tras besar a su pequeña compañera y decirle adónde iba, Love-bird emprendió el vuelo.

"Por fin he encontrado al indicado", exclamó la Luna con un gran suspiro de alivio.

Cuando el Pájaro del Amor llegó a Rosa Rosa, pudo oír a Abeja Miel hablando, zumbando y amenazando a Rosa Rosa; pero cuanto más ruido hacía, más se acercaba Rosa Rosa, juntando sus pétalos y negándose a escuchar. Finalmente, Abeja Miel se volvió hacia la Luna y dijo con voz disgustada: «He hecho todo lo posible para que Rosa Rosa me escuche. Si yo no puedo hacer nada con ella, nadie más podrá, así que creo que eres una tontería por seguir perdiendo el tiempo intentando salvar a Libélula Azul. En fin, tengo otros asuntos que atender, así que adiós», y se marchó navegando.

—Adiós —dijo la Luna—. Espero que la Madre Naturaleza no te vea —añadió pensativa.

El pajarito se posó en una rama cerca de Rosa Rosa y comenzó a arrullar suavemente. Después de unos minutos, Rosa Rosa desplegó un poco sus pétalos y le envió una ráfaga de perfume a modo de saludo amistoso. El pajarito no le hizo caso y siguió arrullando en silencio. Parecía tener un poder mágico, pues Rosa Rosa abrió suavemente sus pétalos diciendo: «¡Qué encantador eres, pajarito! Tu canto es muy relajante. No entiendo lo que dices, pero estoy segura de que es algo maravilloso».

"Sí, el amor siempre es maravilloso", respondió suavemente el pajarito.

"¿Amor? ¿Qué sabes tú de eso?", preguntó Rosa Rosa con voz abatida.

—Muchísimo, y me hace muy feliz —respondió Love-bird, acercándose un poco más.

Rosa Rosa suspiró profundamente y susurró con tristeza: «Yo también era muy feliz antes de amar a Libélula Azul. Lo guardé en mi corazón porque temía que alguien me lo arrebatara, y desde entonces he sido muy infeliz». Rosa Rosa suspiró de nuevo y dos gotas de rocío cayeron de sus ojos.

—Querida —dijo el Pájaro del Amor—, la razón por la que estás tan infeliz es porque has intentado quedarte con la Libélula Azul solo para ti. Eso es muy egoísta; y sabes que el egoísmo te robará tu belleza, te volverás malhumorada, marchita y ya no tendrás un perfume delicioso que enviar a tus admiradores. Entonces la Libélula Azul te abandonará.

«Si me haces caso, querida, envía a la Libélula Azul de vuelta a su labor; pues todos debemos contribuir a mantener nuestro jardín hermoso. Mientras él está fuera, perfuma con tu fragancia más dulce y te volverás aún más encantadora, pues ese es el propósito que la Madre Naturaleza tiene para ti. Entonces la Libélula Azul regresará. Cuando vea lo ocupada que has estado y lo bien que has hecho tu trabajo, te amaré más que nunca.»

"¿Puede ser cierto?", susurró Rosa Rosa con esperanza.

—Sí, es muy cierto —sonrió el Pajarito—. Y ahora que conoces el secreto de la felicidad y cómo conservar tu belleza, debo despedirme, Rosa Rosa —y el Pajarito se fue volando.

Mientras Rosa Rosa observaba a Pájaro del Amor desaparecer sobre las copas de los árboles, una luz radiante iluminó su rostro. Luego, desplegando sus pétalos con delicadeza, dejó que la fresca brisa nocturna acariciara a su pequeño amante. Tras un instante, susurró con ternura: «Libélula Azul, es hora de que vayas a trabajar».

—¡Ay, Dios mío! —dijo la Libélula Azul con voz adormilada—. Supongo que sí. ¿Sabes, Rosa Rosa? De verdad creo que debes tener algún poder mágico, porque nunca he dormido tan plácidamente. —Con una mirada de admiración, añadió—: ¿Sabes lo hermosa que te ves a la luz de la luna, o lo dulce que es tu perfume? Cuando termine mi trabajo, me gustaría volver a verte, si me lo permites, Rosa Rosa.

Rosa Rosa estaba tan feliz que ni siquiera oyó a Brisa mientras se acercaba resoplando. Finalmente, él le sopló en la cara y le dijo: «Tal vez seas tú, mi bella, la rosa que ha encerrado a Libélula Azul en su corazón y no le permite hacer su trabajo. ¿Te das cuenta de lo malo que es eso?», continuó Brisa sacudiendo suavemente a Rosa Rosa.

—No me di cuenta de lo mal que estaba hasta que alguien me mostró una mejor manera —respondió Rosa Rosa en voz baja—. Entonces lo dejé ir.

Breezie se retorció y se descontroló, dejándose llevar por una furia terrible mientras rugía: "¡Ahí lo tienen, me han vuelto a engañar! ¡Ahora haré la travesura!" y salió volando.

Mientras Rosa Rosa observaba a Breezie marcharse tan enfadado, le envió su perfume más dulce y, con una mirada sabia, sonrió para sí misma diciendo: «Espero que Pajarito te visite pronto, Breezie. Seguro que te haría mucho bien».

En cuanto Breezie desapareció, el Búho Marrón alzó el vuelo y se posó en un árbol cercano. Dirigiendo sus ojos tristes hacia Rosa Rosa, anunció solemnemente: "Rosa Rosa, he oído que has roto una ley del jardín al impedir que Libélula Azul haga su trabajo, y después de pensarlo mucho..."

—Estoy segura de que lo que va a decir es muy sabio, Abogado del Jardín —interrumpió Rosa Rosa dulcemente—, pero llega tarde. El Agapornis se le adelantó. Me indicó lo que debía hacer, de una manera amable y hermosa, así que liberé a la Libélula Azul para que pudiera continuar con su labor.

Búho Marrón parpadeó desconcertado con sus ojos amarillos y, tras reflexionar sobre la respuesta de Rosa Rosa, comentó con voz abatida: «Todo mi esfuerzo ha sido en vano. ¡Hasta luego!». Y regresó a casa aleteando pesadamente, preguntándose por qué siempre había alguien que se le adelantaba.

Rosa Rosa no pudo evitar sentir un poco de lástima por Búho Marrón. "Parece una lástima que todo el razonamiento del Abogado Búho sea en vano", añadió con una mirada traviesa.

Entonces alzó la vista hacia la Luna y le envió una ráfaga del perfume más dulce mientras susurraba: «Te he mantenido ocupada, Señora Luna, pero no me siento mal por ello. Sé que siempre disfrutas haciendo felices a los amantes, así que tú también has disfrutado intentando ayudarnos».

Con un brillo alegre en sus ojos, la Luna respondió: "Tienes razón, querida, pero recuerda: mantente ocupada y conservarás tu belleza. Buenas noches, pequeña Rosa".

Con una amplia sonrisa en su rostro redondo y plácido, la Luna desapareció tras el árbol más alto del viejo jardín.